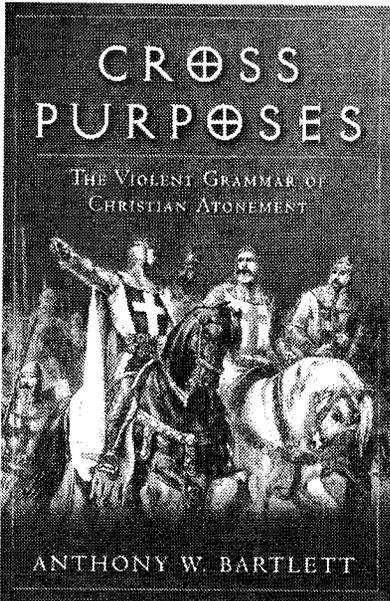

Reseñas Bibliográficas



Reseñas Bibliográficas

*Gabriel Andrade**



BARTLETT, Anthony (2001). **Cross Purposes**. Harrisburg, Pennsylvania. Trinity Press International. 277 pp.

Hace algunos años, cuando visité España, quedé impresionado con la figura de 'Santiago Matamoros', el santo patrón de ese país. Santiago, a quien también se le conoce como Jaime, fue uno de los discípulos de Jesús y extendió su misión evangelizadora hasta la Península Ibérica. Sin duda, Santiago no pudo haber matado a ningún moro, simplemente porque en la época que le tocó vivir los moros aún no habían alcanzado España. Aún así, los cuadros, esculturas y otras representaciones artísticas no se cansan de presentar a un Santiago montado sobre un caballo degollando a los enemigos musulmanes con su lanza y

sosteniendo la Cruz. Eventualmente entendí que Santiago Matamoros no era la única figura cristiana con un porte guerrero, basta nombrar San Jorge de Inglaterra, entre otros.

Tras esta experiencia, siempre me he sentido un poco perturbado frente a la evidente relación entre la Cristiandad y la violencia. ¿Cómo pudieron convertir a Santiago, un apóstol pacífico y amoroso, en el espeluznante guerrero que resalta el arte español? El objetivo del libro de Bartlett es ofrecer respuestas frente a este tipo de preguntas.

Bartlett se embarca en un viaje teológico e histórico para descubrir la manera en que la Cristiandad Occidental asumió un carácter violento. Bartlett pretende demostrar que este desarrollo de la violencia se puede remontar a la manera en que las doctrinas de la expiación se formularon.

* Escuela de Sociología. Universidad del Zulia.
E-mail: gabrielernesto2000@yahoo.com

Inspirándose notablemente en la obra del francés René Girard, Bartlett sugiere que las doctrinas más populares referentes a la expiación tienen un origen sacrificial. De acuerdo a Girard, los orígenes culturales se remontan a un homicidio primordial, a un sacrificio. En este sentido, lo sagrado es sacrificial y violento. No obstante, de acuerdo a Girard, la Cruz es la desarticulación de lo sagrado. La Cruz expone la manera en que las lógicas sacrificiales funcionan, y paradójicamente se convierte en el evento que le otorga un fin a los sacrificios. Sin embargo, Girard advierte que la mayor parte de la Cristiandad ha emprendido una lectura 'sacrificial' de los evangelios y del evento de la Cruz. En este sentido, la muerte de Cristo se ha percibido como un sacrificio necesario demandado por Dios, de la misma manera que los Aztecas inmolaban víctimas en sus altares o que los griegos practicaban el ritual del *pharmakon*.

Bartlett se propone desarrollar este tema. Se remonta a las primeras doctrinas de la expiación, empleando astutamente la antropología de Marcel Mauss y René Girard. Para Mauss, el prestigio y el honor se encuentran ligados a la cantidad de riquezas que un individuo está preparado a destruir en la faz de su rival. Bartlett sugiere que el 'don' o 'regalo' que se intercambian entre sociedades es un medio de suspender la violencia mimética con el potencial de destruir a la comunidad. Bajo estos parámetros surgieron las primeras doctrinas de expiación. Se argumentaba que Dios todavía tenía una última misión para vencer a Satanás. Para ello, del mismo modo que Mauss entendió la lógica del honor, Dios debía demostrar su honor y vencer al Diablo destruyendo su bien más preciado: su propio hijo. De esa manera, con la muerte de Cristo, el honor de Dios quedaba ratificado y Satanás era vencido al quedar como un 'deudor'.

Bartlett le dedica mucha más tinta a la doctrina formulada por Anselmo de Canterbury en el siglo XI. De acuerdo a esta doctrina, el honor de Dios había sido insultado a través de los pecados de la humanidad, y era necesario una compensación para reponer tal falta. La muerte de Cristo vino a simbolizar esa nueva 'deuda' que sería solucionada con Dios. Con la muerte de su propio hijo, el honor de Dios quedaría satisfecho.

De acuerdo a Girard, las víctimas sacrificadas en las sociedades arcaicas pronto pasan a ser deidades. Pero estas deidades, lejos de ser pacíficas y amorosas, se convierten en guerreros que demandan víctimas del sistema sacrificial para asegurar su funcionamiento. Una vez que las bases sacrificiales de la doctrina de la expiación echaron raíces, la figura del Cristo Crucificado pasó a ser, al igual que los dioses de religiones arcaicas, la figura de un guerrero que demanda sangre.

Bartlett nos lleva por un recorrido histórico de la manera en que la Cristianidad Occidental abandonó el carácter pacífico de sus inicios y se asimiló a una cultura guerrera. Bartlett insiste en la 'germanización' de la Cristiandad Occidental. Los pueblos bárbaros habían permanecido sociedades sacrificiales por varios siglos. Cuando el Cristianismo llegó a esas tierras, adquirió el matiz sacrificial característico de esos pueblos. En este sentido, a Cristo se le atribuyeron muchas características del dios guerrero Odin, se pensaba en un dios sacrificado que a su vez demanda sangre, etc.

Tras este recorrido histórico, Bartlett se inserta en unas aproximaciones teológicas difíciles de seguir y entender. Bartlett insiste en una interpretación pacífica de la doctrina de la expiación, un Cristo que no demanda sangre y que, mediante la Cruz, pone fin a la violencia.

En definitiva, es un libro de muy difícil lectura y comprensión. Aún así, se plantean interrogantes y ofrece alternativas que resultan de vital importancia considerarlas, puesto que atienden al problema de la relación existente entre la violencia y la Cristiandad contemporánea.

BOK, Sissela. (1998) **Mayhem: Violence as public entertainment**. Reading, Massachussets. Perseus Books. 194 pp.

En 1999, tras la terrible matanza de Columbine, Colorado, se rumoreó la posibilidad de que los jóvenes homicidas/suicidas habían estado inspirados por la música Punk, y especialmente por el artista Marilyn Manson. Inmediatamente, la atención se dirigió hacia el difícil debate sobre la influencia que la violencia en los medios de comunicación ejerce sobre la conducta de niños y adolescentes.

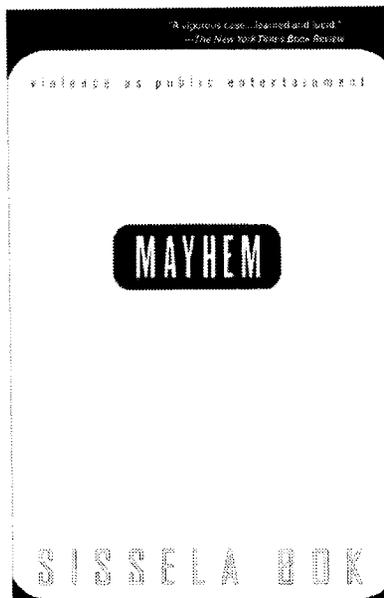
Sissela Bok hace de este debate el tema central de su libro. Son dos los problemas planteados por Bok en esta obra: 1) ¿hasta qué punto la violencia mediática tiene la capacidad de influir sobre las conductas violentas de niños, adolescentes y adultos?, y 2) ¿qué alternativas se pueden plantear frente a este problema?

Para Bok no hay duda que la violencia mediática es altamente responsable de los tiempos violentos por los cuales atravesamos. Bok advierte que no podemos caer en el error generalizante y simplista de considerar que los medios de comunicación son la *única* causa de la violencia de nuestros tiempos. Inclusive, resultaría peligroso considerarlos como la causa más importante.

Pero sería igualmente peligroso ignorar el papel y la responsabilidad que efectivamente los medios de comunicación juegan en la violencia contemporánea, como pretenden algunos productores de cine y otros empresarios mediáticos. Bok compara el problema de la violencia con el cáncer de pulmón y otras enfermedades crónicas: de ninguna manera podemos asegurar que el cigarrillo es la *única* causa (o inclusive la causa principal) del cáncer del pulmón, pero sabemos muy bien que dejar de fumar puede ayudar a reducir las posibilidades de adquirir tal enfermedad. De la misma manera, la violencia mediática no es la causa principal de la violencia real contemporánea, pero su disminución podría resultar beneficioso para el desarrollo pacífico de las sociedades.

Bok se hace crítica de los académicos que no se pronuncian con la suficiente fuerza frente a este problema. Las investigaciones sobre el tema se aproximan a establecer una co-relación entre violencia mediática y violencia real. Para Bok, este tipo de conclusiones son insuficientes. La violencia mediática es *causa* de muchas conductas violentas hoy en día.

Bok examina los argumentos que tradicionalmente se han manejado para justificar el uso de la violencia mediática. Durante la década de los sesenta, mu-



chos psicólogos llegaron a considerar que la violencia mediática podría funcionar como una especie de terapia catártica. A través de la violencia mediática, los individuos pueden descargar y liberar sus tensiones sin hacerle daño a nadie. En este sentido, la violencia mediática cumple una función importante como 'liberadora' de la violencia.

Bok advierte sobre las deficiencias de este tipo de aproximaciones. Los niños no tienen la capacidad de distinguir entre la violencia mediática y la violencia real. Efectivamente pueden 'liberar' la violencia interna, pero no son capaces de entender cuáles son los escenarios donde puede liberar esas conductas violentas (los espacios virtuales), y los escenarios donde no puede hacerlo (los espacios reales). Muchos defensores de la violencia mediática argumentan que evidentemente, las películas, los videos de música y los videojuegos no son reales. Pero, Bok astutamente demuestra que, precisamente, la era tecnológica ha intentado quebrar la separación entre lo real y lo virtual: "En la oferta de experiencias de combate de la 'realidad virtual', el punto es borrar la frontera entre lo que es y lo que no es experimentado realmente" [mi traducción, p.37].

Bok examina los efectos que la violencia mediática ejerce sobre los individuos. Por una parte, la violencia mediática crea un miedo colectivo. Los episodios violentos de las películas, series de T.V. y otros, construyen de manera preocupante un sentimiento de miedo en los espectadores, un miedo, que por supuesto, no es proporcional a la inseguridad o el crimen que realmente se puede encontrar en las calles. Bok lo describe como un círculo vicioso: los niños ven violencia en la televisión, y como espectadores de esta violencia, sienten miedo a ser víctimas de crímenes. Frente a este miedo, le huyen a la calle y prefieren quedarse en sus hogares viendo más televisión, alimentando aún más el miedo.

La violencia mediática también contribuye a la desensibilización de los espectadores. Con tanta violencia expuesta frente a sus ojos, los espectadores califican de 'normal' muchas situaciones que en otros casos inspirarían sensibilidad, simpatía y socorro hacia las víctimas.

Pero, ¿qué hacer frente a este tipo de situaciones? Bok examina la manera en que la censura se ha manejado a través de la historia, y concluye que es característica de regímenes totalitarios. En el mundo contemporáneo del satélite y el internet, es prácticamente imposible censurar a los medios de comunicación. No solo eso, también es peligroso, puesto que la censura sin restricciones ha servido de instrumento político para dominar y ejercer control de manera totalitaria.

Entonces, ¿qué hacer? Es aquí donde, a mi juicio, Bok entra en la parte más débil del libro. Bok propone alternativas sosas y simplistas. A lo largo del libro, Bok pareciera ser una incansable activista en contra de la televisión. Da la impresión de que Bok consideraría que el mundo de hoy fuese mucho mejor sin televisión. Este tipo de comentario le quita solidez a su argumento, el cual pareciera estar inmerso en un romanticismo rousseauiano que prefiere la belleza de los paisajes y la alegría de los niños jugando que los medios de comunicación. Bok insiste que la mejor resistencia frente a la violencia mediática es la iniciativa privada. Los

padres, antes que los gobiernos, son los que tienen la responsabilidad y la mejor oportunidad de desplazar la violencia mediática de los ojos de sus hijos. Bok propone alternativas tales como bloqueadores eléctricos para algunos canales, establecer horarios de televisión para sus hijos, hacer campañas y peticiones para que los medios de comunicación no presenten tanta violencia. Por parte de los gobiernos, si bien Bok está consciente de los peligros de la censura, considera que ciertos tipos de censura en ocasiones son necesarios. Las democracias con mejores niveles de vida no vacilan en establecer límites a contenidos violentos en los medios de comunicación.

Si bien estas alternativas son válidas e importantes, a mi juicio carecen de fortaleza. Bok no propone nada trascendental o innovador. Realmente añade muy pocas alternativas a este debate que nos preocupa a todos. No obstante, Bok escribe con un estilo muy claro y ameno, exponiendo sus puntos de vista con mucha coherencia, y si bien sus propuestas son pobres, su contribución al debate sobre la violencia mediática no deja de ser importante.